

Antonio Glez. Dorado, S. I.



**H**OY en muchos ambientes, incluso piadosos, se desconoce el sentido dinámico de la castidad, llegando por este motivo a deformar en ocasiones su perfil auténtico con consecuencias muy graves y serias.

No es raro que mentalidades cristianas pero débiles o mal formadas, la conciben como una virtud exclusivamente defensiva, como un débil vaso de cristal cuyo índice de fragilidad es directamente proporcional a los centímetros de piel desnuda exigidos por la moda de cada año. Otros la han confundido con ciertas formas de un instinto natural en la línea del pudor, que de suyo deben defender la castidad, pero que hipócritamente usadas por los que rodean a la joven pueden ser una ocasión de pecado. No faltan los espíritus materialistas y paganizados, víctimas con frecuencia de un complejo de fracaso, que hábilmente escamotean la virtud, transformándola en un conjunto de conveniencias sociales muy semejantes a las reglas de urbanidad o a las normas del protocolo.

# SENTIDO DINAMICO DE LA CASTIDAD

## Etiología del fenómeno

Multitud de causas convergentes son el origen de esta mentalidad social. Pero tal vez una de ellas, que queremos subrayar para los que tienen la misión de orientadores, haya sido un frecuente error de enfoque pastoral. La castidad es una conquista difícil ante la que muchos fracasan. Esta experiencia cotidiana nos ha obligado a estudiarla con insistencia. Hemos sentido la necesidad de examinarla químicamente pura, la castidad en abstracto. Y quizás en determinadas ocasiones hemos olvidado que arrancar una virtud de la constelación moral donde se jeraquizaba orgánicamente es peligroso, porque simultáneamente es fácil arrancar por inadvertencia su dinamismo profundo. Creemos que éste ha sido nuestro caso. Para muchos autores y formadores la castidad es un maravilloso valor estético, un elegante motivo ornamental que debe atraer a todas las almas cristianas. Nos la han definido con un marcado exclusivismo romántico, como una flor delicadísima que es necesario guardar con todo esmero para que no se aje. No pretendemos nosotros negar esta formalidad estática. Es más, reconocemos que con frecuencia es la virtud más difícil de guardar durante la juventud. Pero denunciaremos a los formadores que han hecho de la castidad una flor de trapo, porque se olvidaron anotar su sentido dinámico y creativo. *La castidad cristiana es ante todo una fuerza.* El olvido de su dinamismo esencial ha sido un motivo de la apatía de muchos cristianos ante ella, y un pretexto de burla para los cínicos lujuriosos.

En esta encrucijada histórica que vivimos, es necesario integrar la formalidad estática de la castidad en la dinámica. Renunciar hoy al sentido dinámico de esta virtud es pactar una vez más colectivamente con el egoísmo. Sería un suicidio.

## Caridad y castidad

Tal vez quede desconcertado el lector por la afirmación que acabamos de

lanzar. Lujuria y egoísmo. Caridad y castidad. Son conceptos aparentemente irreductibles, sin ninguna relación entre sí. Y sin embargo en el cruce de estas dos realidades existenciales, en el nexo misterioso que las une, es donde se encuentra estallante todo el dinamismo de la castidad.

Analícemos los conceptos.

Se distinguen dos tipos de castidad: una estricta y otra amplia (1). La estricta es la propia de los célibes, los que renunciaron a todas las satisfacciones sexuales para dedicar todas sus energías a una función superior. La castidad amplia es la que deben practicar los que orientaron su vida hacia el matrimonio, solteros o casados, cuyas fronteras quedan perfectamente delimitadas por los derechos conyugales.

Dos formas por tanto de castidad. Las dos se ajustan exactamente en sus elementos esenciales. Las dos implican un control de la *libido*, un pilotaje del instinto sexual. Pero tanto en una como en otra una finalidad social y comunitaria regula el disciplinado pilotaje del instinto. Los que sintieron la vocación matrimonial intuyeron esa necesidad de autocontrol y dominio si querían ser fieles al proyecto de la Providencia divina: multiplicar la raza humana sobre la tierra, dándoles a los hijos un ser y una educación que los hicieran capaces de amar a Dios sirviendo a la comunidad de los hombres. Los célibes, "*los que se mutilaron a sí mismos por el Reino de Dios*" (Mt.

(1) En los tratados sobre la materia ordinariamente se habla de castidad *perfecta* e *imperfecta*. Hemos preferido cambiar la terminología por el sentido equívoco que puede revestir la palabra *imperfecta*.

Ambas formas de castidad conducen a la perfección, a Dios. Más aún, en el *orden subjetivo* de la vocación personal, cada uno puede llegar más rápidamente a Dios por el camino que El trazó, que por cualquier otro caprichosamente escogido; aunque en un *orden objetivo* sea mejor el estado celibatario que el matrimonial, como ha definido el Concilio de Trento en el cn. 10 de la sesión XXIV (D. 980).



19, 12) (2), renunciaron a su legítimo instinto de paternidad, para que de su sacrificio brotara una fecundidad mucho más amplia: servían a Dios, no sirviendo a la sociedad indirectamente a través de la reducida célula familiar, sino poniendo toda su persona, en todo momento y en todas circunstancias, según las características de su vocación particular, al servicio de todos los hombres.

Esta teleología íntima y comunitaria es la que niega el calificativo de pasivo a la virtud de la castidad. La castidad no es una virtud de tímidos o impotentes. Es la fuerza creadora de los hombres nuevos que disciplinaron su instinto, para ponerlo al servicio de esta humanidad concreta e histórica en la que está Dios encarnado moralmente (3).

Y resulta interesante proponer paralelamente el concepto teológico de la

---

(2) En el texto se trata de una castidad voluntaria, permanente, religiosa y heroica.

El móvil propuesto por Jesús para abrazar la vida celibataria es el *reino de los cielos*, concepto complejo, que Cristo, como indica J. VIZMANOS, ha dejado «conscientemente vago en medio de su amplitud desbordante» (*Las vírgenes cristianas*, pg. 19. Madrid 1949).

M. J. LAGRANGE, como ya antes KNABENBAUER, ha desentrañado una doble modalidad en la expresión. Este propósito tiene a la vista el reino de los cielos, sea para conseguirlo más fácilmente (sentido escatológico), sea para trabajar en el reino de Dios (sentido eclesiológico). [Cf. *Saint Matthieu* pg. 371. París, 1941]. Con estas palabras de Jesús queda, por tanto, transcendida la virtud de la castidad con un profundo sentido social.

(3) Cristo es la encarnación hipostática del Verbo en una naturaleza humana. Dicha encarnación es el fundamento ontológico de la exactitud con que podemos afirmar que «Dios ha muerto» o que «el Hombre Dios es omnipotente», ya que en Cristo un mismo y único sujeto es el que posee las dos naturalezas.

Un hecho semejante nos revela el Nuevo Testamento con respecto a Dios y a toda la humanidad. Dar de comer al hambriento es lo mismo que hacerlo con Cristo (Mt. 25, 34), oír a la autoridad es oír a Jesús (Lc. 10, 16), amar a los hermanos es amar a Dios (1 Jn. 4, 7). Esta *intercambiabilidad moral* es la que nos hace deducir una *encarnación moral* de Dios con toda la humanidad, no sólo con el pueblo cristiano o con los hombres que se encuentran en gracia.

caridad. Los teólogos nos la definen como la virtud que nos inclina a amar a Dios por sí mismo y a los hombres por Dios. Diríamos que es la gran virtud social del Cuerpo Místico. La que sitúa toda la vida del cristiano en un gesto de servicio hacia Dios y hacia los hombres, que son los representantes de Dios en la tierra.

En el cruce de estas dos virtudes decíamos que se encontraba el dinamismo de la castidad cristiana. La caridad sobrenaturaliza, sublima y da un nuevo sentido al instituto sexual. *Esta sublimación del instinto se llama castidad, que es por tanto el triunfo de la caridad sobre el eros*. Por este motivo, sólo fueron castos, en su sentido más profundo y teológico, los hombres iluminados por la caridad. Y todos los que han sido empujados por la caridad de Cristo sintieron las exigencias de la castidad. Caridad y castidad. Ambas virtudes se unen como dos fuerzas creadoras con las que el cristiano edifica la arquitectura de un mundo nuevo.

### Lujuria y egoísmo

En frente, como contraste que hace resaltar el dinamismo comunitario y luminoso de la castidad, está el pecado contra esta virtud, cuya malicia formal queremos descubrir.

Toda virtud moral es una línea fronteriza entre dos extremos. *In medio consistit virtus*, «la virtud es frontera», rezaba el viejo aforismo. Los tratadistas solían aclarar su afirmación con un conocido ejemplo: el ahorro es una virtud que navega entre dos vicios, la prodigalidad y la avaricia.

Pero esto que se afirma de todas las virtudes morales, con frecuencia nos olvidamos de aplicarlo a la castidad. También la castidad tiene que observar un difícil equilibrio en el recto pilotaje del instinto sexual entre dos extremos viciados, uno positivo y otro negativo. Uno de desborde y otro de inhibición.

Son dos manifestaciones de signo contrario de la lujuria, vicio que desde

pequeños aprendimos en el catecismo, como opuesto en bloque a la virtud de la castidad.

La *lujuria de desborde* es de todos conocida, y ha quedado ampliamente tratada en sus múltiples manifestaciones por los moralistas. La literatura la ha plastificado en un arquetipo universal: *el D. Juan*.

La *lujuria de inhibición* fácilmente queda camuflada como virtud. Pero nuestro pueblo la ha descubierto intuitivamente y la ha expuesto a la vergüenza pública con un término, que hábilmente usado, da todo el contenido que pretendemos: *el solterón* (4).

El D. Juan y el solterón son dos lujuriosos de sentido contrario. Porque los dos negaron la función social de la *libido*, mataron la teleología del instinto, y lo pusieron egoístamente al servicio de la propia comodidad y del propio placer. Aparece esto tan evidente, que creemos innecesaria cualquier demostración.

Pero con esta evidencia hemos llegado a una conclusión de sumo interés. Visto desde este ángulo, cualquier pecado contra la castidad, sea por desborde sea por inhibición del instinto, se reduce a un *acto de egoísmo localizado en la zona sexual*. *El lujurioso*, en su sentido ambivalente, es un *egoísta*.

Una vez más, y precisamente analizando el vicio opuesto a la castidad, hemos desembocado al sentido social y creador de esta virtud. Lujuria y egoísmo. Castidad y caridad. Son tér-

---

(4) Reconocemos la dificultad del caso teórico del solterón que no se concediera ninguna satisfacción de tipo sexual. Sin embargo es más fácil que se dé en los que llamaríamos hipochondriacos neumáticos, narcisistas de su propia perfección, personas que consagraron inicialmente su virginidad a Dios por el «reino de los cielos», pero que por falta de una acertada dirección espiritual han desembocado en un tipo de solteronería disfrazada de virtud. No hablamos por supuesto, del célibe que se mantiene célibe por verdadero amor de la virtud, sea de la virtud de la pureza, sea de cualquiera otra virtud cristiana. Sólo hemos querido indicar la desviación posible en este sector.

minos complementarios que nos descubren el antivalor social del vicio, y, en consecuencia, el valor comunitario de la virtud.

### Castidad y psicología

Es una interesante confirmación de lo que venimos diciendo, el observar que la moderna psicología profunda partiendo de un análisis fenomenológico del hombre, nos conduce a la misma consecuencia.

El siquiatra tiene por oficio ayudar a los hombres a conseguir su propia madurez psicológica. Para ello ha necesitado concretar y determinar el concepto de madurez mediante un análisis profundo de la personalidad humana. Y ha descubierto que en las raíces mismas del hombre se encuentran dos fuerzas frente a frente: el *ello* y el *nosotros*, el instinto ciego y la comunidad. Cabalgando sobre las dos vertientes aparece el *yo* como un objeto de conquista. El *ello* es ciego, individualista, antisocial. Su esfuerzo se dirige a dominar el *yo*, a crear una postura que Künkel ha llamado *yoísta*, antivalor destructivo del *nosotros*. La madurez psicológica se consigue mediante un hábil pilotaje del *ello* hasta integrarlo en el *nosotros* que transforma todas las energías en creadoras (5). Frente a esta madurez psicológica se encuentra el egoísmo polimorfo, fuerza no sólo antisocial sino incluso atomizadora del *yo*. Por eso no es extraño que las desviaciones sexuales pertenezcan a cuadros de la patología clínica, perfectamente conocidos por médicos y siquiátras.

El análisis ético y el psicológico coinciden en sus resultados. Es una com-

---

(5) JUNG sitúa la madurez psicológica en el descubrimiento del *sí mismo*. Creemos que este concepto coincide al menos en uno de sus aspectos fundamentales con el *nosotros*, si por *sí mismo* entendemos la realidad concreta humana con todas sus posibilidades, limitaciones y relaciones, entre las cuales se encuentran la relación transcendental a Dios, surgida de nuestra contingencia, y nuestra relación a la comunidad, fundada en nuestra convivencia.



probación de que el análisis ético era correcto, ya que, como nos dice la ontología, el bien honesto es lo que conviene a la naturaleza racional.

Así concebida la castidad surge una unidad perfecta entre los tres órdenes: psicológico, ético y sobrenatural. El mundo de la gracia, creado por Jesucristo, no destruye la naturaleza, sino que la presupone y potencia con un exponente de sobrenaturalidad. Si en cualquier hipótesis la castidad rectamente entendida siempre hubiera merecido el respeto de todos los hombres por su dinamismo social y benéfico, hoy transformada en virtud sobrenatural es una fuerza santificadora en la Iglesia que purifica de todo egoísmo a los miembros del Cuerpo Místico, y testimonia ante todos los hombres la verdad del Evangelio.

#### Orientaciones pastorales

No podemos pretender agotar el tema sobre la formación de la castidad, asunto que rebasaría todas las dimensiones posibles de un artículo de PROYECCION. Sólo queremos facilitar un punto de vista interesante al campo de la pastoral de la castidad, que se deduce lógicamente de la concepción dinámica de esta virtud.

Tres sectores podemos distinguir en lo referente a la formación de la castidad: educación sexual del niño, reeducación de los lujuriosos, orientación o consejo en momentos cruciales.

#### Educación del niño

Modernamente es amplísima la bibliografía sobre la educación sexual del niño, y en no pocos casos con extraordinario acierto. Pero la necesidad de los autores de tratar el tema monográficamente, unida a la preocupación pastoral de que en materia de castidad es donde el niño puede cometer con más facilidad el pecado mortal, ha desorientado no pocas veces a padres y formadores.

Es cierto que el niño debe ser iniciado oportunamente según las normas

pontificias, y defendido profilácticamente contra los peligros que pongan en contingencia su sana educación sexual. Pero nunca hay que olvidar que el niño no es todo sexualidad, como ha pretendido Freud. Más aún, que la vida sexual no puede ser el eje diamantino sobre el que gire o deba girar la psicología del niño.

El niño es ante todo un hijo de Dios, presente en el mundo para realizar la gran aventura de su salvación eterna mediante el servicio a la comunidad humana, que Dios ha elevado a la categoría de Cuerpo Místico de Cristo. Por consiguiente el centro de toda la educación tiene que versar sobre el desarrollo de la caridad, en su sentido más humano y teológico, liberando al niño de la postura egoísta en la que preliminarmente nos ha situado el pecado original. El mundo sexual no es más que un sector que tiene que integrar el niño a su amplia vocación de servicio cotidianamente vivida. Es necesario que todos los educadores tengan esta visión jerárquica y amplia, pues de lo contrario harán que el niño centre su vida en la *libido*, produciendo con facilidad un sicasténico o un obsesivo del mundo sexual.

Las indicaciones de orden fisiológico, que no deben omitirse con la claridad debida cuando se juzguen necesarias, principalmente al estallar la pubertad, deberán estar dominadas por la visión teleológica del instinto, por la que la fuerza sexual se transforma en creadora dentro de nuestra comunidad humano-divina. Entonces aprenderá el niño el sentido dinámico de la castidad que se le exige. La castidad ya no se presentará ante él como un código de normas prohibitivas, con la inseparable tentación de lo prohibido, sino como una fuerza *creadora* que tiene que desarrollar con idealismo para ser más útil en la sociedad que ha de vivir.

El valor práctico de esta concepción comunicada al niño queda extraordinariamente potenciado por la recepción frecuente de los sacramentos, la pre-

sencia mantenida de un Cristo-Jefe, y la filial devoción a la Virgen.

### Principio de reeducación

Reeducar la castidad es un problema con frecuencia difícil y complicado. En sus casos extremos es indispensable la colaboración del sacerdote y el siquiatra con toda variedad de medios terapéuticos.

Pero recordemos el principio que a nuestro juicio, debe presidir y colorear cualquier otro medio. El lujurioso es un tipo de egoísta especificado sexualmente, como ya quedó indicado. No puede haber por consiguiente, otro camino de curación más rápido que ayudándole a volver al *nosotros* haciéndole vivir la caridad. Hay que arrancarlo de su pequeño mundo egoísta sumergiéndole en otro mundo más amplio donde los hombres sufren, donde hay familias sumidas en la miseria y compañeros de viaje que necesitan de su colaboración. Tiene que ir comprobando que todas las personas que pasan junto a él por la calle llevan entre sus manos el gran problema de la salvación eterna. Que Dios ha querido que los hombres nos salvemos en constelación. Que él no puede ser un desertor de la vocación que tenemos todos los hombres. Hay que ir ayudándole a aprender vitalmente el principio consagrado por Cristo: "*No he venido a ser servido, sino a servir*" (Mc. 10, 45). En una palabra, hay que centrar su atención en el *nosotros*, que se llama caridad en terminología revelada.

Con esta orientación conseguiremos dos cosas fundamentales. Situar al enfermo en los antípodas de la lujuria. Desviar la atención del problema sexual al comunitario, cumpliendo de una manera concreta el antiguo principio pastoral, que las tentaciones contra la castidad se dominan más fácilmente alejando la atención de ellas, que centrándola en el combate directo.

### Encrucijadas difíciles

Sí. Hay encrucijadas difíciles en la vida en las que el problema de la castidad se agudiza aun en los bien educados sexualmente. Un noviazgo indefinidamente prolongado, caso mil veces multiplicado en nuestra vida de hoy por las dificultades de economía y vivienda. Una crisis dentro de la vida matrimonial, surgida por reveses de la vida, incompresiones mutuas, rarezas de carácter... Son momentos angustiosos. Vuelve a surgir la lucha entre la obligación y el instinto rebelde. Hace falta en esas ocasiones mucha luz y mucha gracia de Dios para solucionar heroicamente la dificultad. A veces los hombres son conscientes del peligro, y buscan un consejero, una voz amiga que les aliente y les recuerde lo que ellos aprendieron y supieron cuando vivían en calma debajo de un cielo azul.

Sólo una palabra puede haber entonces en los labios del orientador. Recordarles que nuestra misión no es "hacerme feliz" sino hacer felices a las personas que Dios cruzó en nuestro camino. Noviazgo y matrimonio no son caminos fáciles por los que optaron los que no quisieron servir a Dios plenamente. No. El matrimonio es una vocación divina, un camino de servicio y santidad. Y todo camino de santidad es difícil y con períodos de crisis. Entonces es cuando *hay que vivir* la caridad. En esos momentos es cuando la castidad desarrolla toda su fuerza creadora. Pero es necesario *creer*. La felicidad propia vendrá después, porque no es más que el reflujó de la felicidad que comunicamos a los demás con nuestro propio sacrificio. Mientras tanto hay que situar su soledad frente a Dios. Frente a un Dios que a veces parece que se oculta. Pero que siempre vuelve a reaparecer en el horizonte alegrando la perenne juventud de los que viven la caridad.